

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 3: ¿Qué soy yo, una fuente de deseo?

Tocar la suona era uno de los infames talentos abstractos del General León, así que aceptar no enseñárselo a su tercer hijo no fue un problema. Al fin y al cabo, el talento se heredaba, pero la excentricidad no, y León lo entendía bien.

“Está bien, no le enseñaré al bebé a tocar la suona”, aceptó rápidamente.

Rosvisser sonrió levemente, sus labios se curvaron hacia arriba mientras decía débilmente:

“Y... te amo... ah... ahhh...”

Ni siquiera hablar con su amado esposo como distracción logró calmar por completo el intenso dolor del parto. Su atención flaqueó a medida que los médicos a su alrededor se volvían cada vez más ocupados.

León le acarició suavemente el rostro con la mano, suavizando los surcos de dolor en su frente.

¿Qué más? Lo que sea, lo haré.

Normalmente, lograr que Leon, el héroe íntegro e inquebrantable que mataba dragones, escuchara las peticiones de alguien, incluso con cortesía, requería cierto esfuerzo. Negociar con él a menudo implicaba tira y afloja.

Pero esta no era una situación normal. Con su esposa de parto, León tuvo que seguir el consejo anterior de Isa: complacer todas las exigencias de Rosvisser en la medida de lo posible.

Lo que no sabía es que el pobre León había caído en otra trampa.

“No... no me apresures... eres tan molesto...”



Su voz, débil pero con un toque de ira juguetona y un ligero resentimiento, hacía que sus cejas fruncidas parecieran aún más lamentables.

El corazón de León se derritió instantáneamente.

Está bien, no te apresuraré. Tómame tu tiempo. Te escucharé.

A pesar de la agonía que desgarraba su cuerpo, Rosvisser cerró los ojos y pensó por un momento antes de volver a hablar.

“Después de esto... ámame como lo hiciste cuando estaba embarazada...”

“...¿Qué?” León parpadeó, sorprendido.

O sea, si digo este, no vas al oeste. Si digo uno, no dices tres. Aunque sea de noche y quiera una manzana, la pelas, la cortas en rodajas y me la traes en un plato...



"Oh..."

—Ya no me quieres, León. Lo sabía. Te odio.

La voz de Rosvisser vaciló y su expresión se volvió aún más lastimera.

“Dicen que las mujeres son princesas por un día, reinas por diez meses y luego esclavas toda la vida...”

—¡Espera, espera! ¡No, no, no! —León negó con la cabeza furioso, apretándole la mano con fuerza.

¡Lo prometo! Después de que nazca el bebé, te trataré tan bien como cuando estabas embarazada.

Aunque la idea de que un poderoso héroe matador de dragones fuera reducido a un esclavo devoto parecía exagerada, León aceptó sin dudarlo.

Rosvisser, sin embargo, asumió que sus demandas eran simplemente divagaciones de una mente atormentada por el dolor. Seguramente, una vez que naciera el bebé, ella... se olvidaría de ellas, ¿verdad?

“Será mejor que...” murmuró.

—Lo haré, lo prometo —le aseguró León.

“Y... prepararás el desayuno todos los días”, añadió.

—Bueno, normalmente nos alternamos: lunes, miércoles y viernes son tus días, y martes, jueves y sábado son los míos. Los domingos...

“Los domingos ni siquiera desayunan porque el sábado se quedan despiertos hasta tarde terminando tareas y duermen hasta el mediodía”, interrumpió.

—Idiota. ¿Cómo puedes ser tan meticuloso conmigo ahora mismo? ¿Ya no me quieres?

“...”

Leon se sentía como si estuviera jugando un videojuego. A lo largo del camino, había luchado contra enemigos menores, aprendido sus patrones y ganado experiencia. Pero ahora, en la pelea contra el jefe, se dio cuenta de que este no solo conocía todos los movimientos de los enemigos menores, sino que tenía versiones mejoradas de todos ellos.

Rosvisser era ese jefe final. Los últimos diez meses habían sido solo una preparación para este momento.

—Por supuesto que te amo —respondió León, con un tono tan tranquilizador como si estuviera consolando a un niño.

Prepararé el desayuno todos los días. ¿Algo más, Su Majestad?

Su sonrisa regresó, débil pero genuina, una visión rara en medio del dolor.

“Y quiero que me laves los pies todas las noches”.

"Bueno."

“Y mi cola también.”

"Seguro."

“Cuando me despierto por la mañana, lo primero que debes decirme es a mí”.



"Está bien."

"Y lo último que digas por la noche también debe ser para mí".

"Por supuesto."

"Cuando cocino con zanahorias no te puedes quejar".

"Eh... espera, ¿qué?"

León se quedó paralizado. De todas las cosas, las zanahorias eran su némesis. Incluso su olor le daba vueltas la cabeza, y un solo mordisco podía provocarle un colapso total.

Cuando él y Rosvisser eran adversarios, ella había usado zanahorias y berenjenas para atormentarlo más veces de las que él podía contar.

"¿Qué pasa? Acabas de decir que harías lo que fuera por mí, ¿y ahora te echas atrás?", bromeó, con una fingida indignación.

León gimió. «Bien... bien. Prometo no escaparme cuando cocines con zanahorias».

"Y también okra", añadió.

León: *(͡ _ _) ͡ *

"Y cuando es invierno, si te tiro una bola de nieve, no podrás esquivarla".

"Está bien."

Todos los años tienes que celebrar mi cumpleaños. Sin quejarte.

"Bueno."

Si te ayudo con algo, dices: «Gracias, Su Majestad». Si me ayudas con algo, sigues diciendo: «Gracias, Su Majestad».

León arqueó una ceja. "¿Por qué te agradecería si te ayudara?"

"Por darte la oportunidad de ayudarme, por supuesto."



León continuó asintiendo y aceptando sus cada vez más extrañas demandas, aunque por dentro no podía evitar preguntarse: *Espera un minuto... esto no se siente bien.*

Había accedido a ser su distracción durante el parto, y estaba feliz de hacerlo. Pero estas exigencias... no parecían espontáneas.

No, lo sintieron... premeditado.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Se giró, sospechando que la mente maestra detrás de esto no era la propia Rosvisser sino más bien el dragón pelirrojo que estaba detrás de él.

—Cuñado —ronroneó la voz de Isa antes de que pudiera girarse por completo.



Su mano descansaba suavemente sobre su hombro y se inclinó para susurrarle al oído:

No olvides cumplir tus promesas. La pequeña Ros se esforzó mucho para cumplirlas.

“¡Tal como lo pensé!”

León cerró los ojos con resignación, respiró profundamente antes de volver a abrirlos lentamente.

“Está bien, lo entiendo, hermana”.

—¡Ese es el espíritu! —respondió Isa, complacida. Su pequeña conspiración había tenido éxito.

Pero Rosvisser, que conocía a su marido mejor que nadie, encontró sospechosa su sumisión. ¿No había ido todo demasiado bien?

Antes de que pudiera pensarlo, un dolor agudo la devolvió al presente.

—¡Empuje, Su Majestad! ¡Respire hondo y siga mi cuenta! —ordenó Anna.

—Príncipe Consorte, el bebé ya casi está aquí. Por favor, apártese por ahora —añadió Milan.

León soltó a regañadientes la mano de Rosvisser y dio un paso atrás para dejar espacio a los médicos.

La habitación estaba llena de una silenciosa urgencia: órdenes, pasos, el susurro de las telas y la respiración forzada de Rosvisser.

Y entonces, después de lo que pareció una eternidad, el agudo llanto de un recién nacido rompió el silencio de la noche.

Lágrimas de alivio y alegría fluyeron libremente mientras las sirvientas se abrazaban, celebrando el nacimiento de una nueva vida en el clan del Dragón Plateado.

León y Rosvisser también dieron la bienvenida al mundo a su cuarto hijo; el cansancio en sus rostros fue reemplazado por un amor y un orgullo abrumadores.



Traducido por:

ငာမ္မာ - RexScan